

ñoses é hijos de éstos gozaron de completa salud durante la epidemia, dicen las crónicas de aquel entónces que se anunciaba el mal por un fuerte dolor de cabeza; luego les venia una fiebre voraz que los hacia salir de su casa desnudos y como locos á los patios y á las calles, á exponerse á las inclemencias del tiempo, y que espiraban á los nueve dias de padecimientos horribles, en el último de los cuales les venia una gran epistaxis. Fué tal la multitud de cadáveres, que no se veian más que de éstos en las casas y en los patios, en las calles y en los canales, en las canoas y en tierra firme, en los campos y en los caminos: los historiadores los hacen ascender á más de dos millones de indios, y segun el padre Alegre, á más de las dos terceras partes de su poblacion. Durante aquella terrible peste se registran las páginas más gloriosas de la sublime caridad de dos de los sacerdocios humanos más respetables, el de la Iglesia y el de la Medicina, el clero mexicano atendiendo aquí y acullá y en todas partes á los infelices indígenas, ora en su asistencia, ora en sus auxilios espirituales, sin arredrarle ningun peligro; los médicos multiplicándose por todas partes, medicinando á tantos desgraciados, y ya que no curándolos á todos, aliviándoles al ménos sus dolores. Fué durante esta peste cuando en los cadáveres de los epidemizados se empezaron á hacer disecciones en el Hospital Real, por el célebre Doctor Don Juan de la Fuente, á quien ya conocemos, en pos de la anatomía patológica del mal.

Veamos en el siglo XVIII. En el año de 1736 se presentó una epidemia de esta enfermedad, que empezó en un obraje de Tacuba; se extendió tanto en la capital, que fué necesario establecer varios hospitales —cinco— en diversos puntos extramuros de la ciudad, y de ella murieron más de cuarenta mil personas registradas, fuera de muchas que enterraban ocultamente los indios, ó de las que tiraban á las acequias y á los lagos, aumentando así la infeccion, especialmente en Tlaltelolco, con cuyo barrio casi acabó. En Puebla murieron de esta epidemia sobre cincuenta y cuatro mil personas. En 1737 aún continuaba esta misma epidemia ó se presentaba una nueva; en el año de 1742 habia una terrible cuyo recuerdo conserva la Historia por el gran número de curanderos que entónces se soltaron ejerciendo, y, por fin, en el año de 1772 aún se presentaba otra de estas epidemias.

En el presente siglo se registra una en los años de 1813 á 1815, despues del sitio de Cuautla, para cuyo tratamiento tuvo gran aceptacion

entónces la espinosilla (*Hoitzia coccinea*) puesta en boga por el célebre Doctor Montaña, que fué el encargado por el Ayuntamiento de proveer á las necesidades de la ciudad epidemiada.

Cuentan algunos escritos de principios de este siglo que, en el año de 1813, hubo en la capital una epidemia de *fiebre amarilla*. Acaso se refieren á la última de tifo que acabamos de registrar, pues no es posible que se haya presentado aquella enfermedad en nuestro Valle.

Dirémos dos palabras del *cólera*, que empezaba ya á anunciarse á fines de este período. Apénas empezaba á causar sus grandes estragos en Asia y en Europa, el terrible *Cólera morbus*, cuando ya en el año de 1828, segun asientan algunos escritos de entónces, aparecia en Yucatan una peste de *cólera benigno*, que allí llamaron *Pitiflor*, y cuando á fines de 1831, aun ántes de que apareciera en la capital, el Gobierno comenzó á obrar con febril agitacion, ora encargando al Cuerpo Médico de Ejército la formacion de un Reglamento Sanitario; ora pidiendo su opinion al Protomedicato, todavía entónces existente; ora procurando oír á la Junta de Sanidad sobre tan importante materia. De tal manera prevenidos para cualquier accidente, se pasaban los dias y estaba para concluir el período metafísico, tocando ya á sus fines el año de 1833, cuando se anunció el terrible azote, presentándose el memorable 7 de Agosto á las puertas de nuestra capital, inaugurándose esa serie de espantosas y conmovedoras epidemias, cuya historia harémos en el período positivo.

Para terminar con este estudio, consignarémos aquí ciertas pestes ó epidemias de que nos hablan algunas crónicas y escritos de aquel tiempo que, mal clasificadas y de naturaleza desconocida, dejan al lector en la duda, y las que, sólo por ser completos hasta donde nos es posible, mencionarémos, á reserva de rectificar más tarde los errores en que podamos incurrir. Del siglo XVI, se habla, en efecto, de una peste que en el año de 1522 hubo entre los indígenas; se habla de otra epidemia que hubo en el año de 1525; de una de "*papera*" de que murieron muchos indios en el año de 1770, y de otra cuya naturaleza no expresan las crónicas, en el año de 1565. Del siglo XVIII nos hablan de una epidemia del año de 1756; de una de *fiebres* del año de 1762, las que, para curarlas, cuentan, estuvo entónces en boga, como diaforética, la raspadura de una piedrecilla blanca, formada en las aguas de Pucuro; de una de "*dolores de costado*," que hubo en el invierno del año de

1784, y, por fin, de que en 1786, á causa de una espantosa miseria que hubo en el año anterior, se observó una epidemia terrible que hizo llamar á ese año, el "año de la peste." Por último, del primer tercio del siglo XIX, refieren unas Memorias de una Junta de Sanidad, que en el año de 1813 hubo una epidemia de *fiebres estacionales*, la que seguía todavía en Diciembre de 1821, y en el año de 1824 había una de *catarros pectorales*, cuya importancia motivó la formación de una Junta de Sanidad Municipal. Más adelante daremos á conocer lo que eran estas Juntas.

Tales fueron las principales epidemias que hemos podido averiguar se presentaron en todo este largo período. Sin duda que su cuadro es bastante incompleto, pero era preciso empezar por algo, á reserva de completarlo más tarde y de rectificar los errores en que, como el primero que se forma, hayamos podido incurrir, si algún día hemos de tener una estadística de esta naturaleza que ya se hace necesaria.

Hé aquí lo que formó el vasto campo de la práctica civil de este período, práctica donde la caridad médica pudo tender su mano bienhechora, desde la humilde choza hasta el soberbio palacio; tanto al desgraciado indígena como al ensoberbecido castellano; ora contra la repugnante viruela, ora contra el terrible *matlalzahuatl*, ejerciendo sus sacerdotes, algunos de cuyos nombres nos conserva la Historia, donde quiera, su sagrada y bienhechora misión, si no curando siempre, aliviando al ménos, y en todo caso, derramando en el alma de los pacientes y epidemiados, los consuelos y la esperanza, don el más precioso de todos.



## CAPITULO XXIII.

### Del ejercicio de la Medicina en este período. (Continúa.)

Práctica nosocomial.—Cómo se empezaron á levantar los primeros hospitales en la Nueva España.—En ellos ejercieron su ciencia y su caridad los médicos de aquella época.—Fundación é historia de esas casas de beneficencia.—Cajas de españoles para socorrer á los indios enfermos.—Hospitales fundados en la capital en el siglo XVI.—Hospital de Huaxtepec.—Hospital de la Tlaxpana.—Hospital de San Lázaro.—Hospital del Marqués.—Hospital de la Santísima.—Hospital Real de Indias.—Hospital del Amor de Dios.—Hospital de San Cosme y San Damian.—Hospital de Convalecientes ó de San Hipólito.—Hospital de Monserrate.—Hospital de la Epifanía ó de San Juan de Dios.—Hospitales del siglo XVII.—Hospital del Espíritu Santo.—Hospital de San Francisco Xavier ó de Betlemitas.—Hospital del Divino Salvador.—Hospitales del siglo XVIII.—Hospital Valdivielso.—Hospital de Terceros de San Francisco.—Hospicio de pobres.—Escuela patriótica.—Primera Maternidad.—Casa de la Cuna.—Hospital general de San Andrés.—Hospital de San Antonio Abad.—Resúmen.—Hospitales en todo el vireinato.—Conclusion.

Vamos á ocuparnos ahora de otro vasto campo en que la caridad médica se ejerció en aquellos tiempos; vamos á fijar un momento nuestra atención en las aglomeraciones de enfermos que bajo la beneficencia particular ú oficial, recibían los auxilios y los consuelos de la medicina.

El campo que ofrecieron á la práctica médica los hospitales en este período, fué muy amplio, conforme á las ideas religiosas y cristianas dominantes en aquella época en que tantos filántropos decían con Fenelon: "Aprecio á mi familia más que á mí, al país más que á la familia, á la humanidad más que al país;" algunos indígenas sosteniendo sus hospitales; cada opulento y caritativo español mandando levantar alguno; cada rico moribundo dejando un respetable legado á aquellas casas de caridad. Así se vieron abrir entónces tantos hospitales para los enfermos, y tantos asilos para los desgraciados, asilos y hospitales